

1. *Un melón no apto para el consumo*
Madrileña – La La Love You

Había aprendido a odiar los domingos por la tarde. No como se odia a los lunes, con resignación y cafeína intravenosa. Más bien como a esas tardes resacas de domingo que ya no sabían a fines de semana de bailes, risas y, *entre tú y yo*, algún que otro gin-tonic. Llenos de besos a desconocidos, que no volverías a ver ni en tus mejores sueños. O en tus peores pesadillas. Domingos que susurraban, con rabia contenida, que al día siguiente te levantarías, con legaños en los ojos, y vieses la vida pasar entre pestañeo y pestañeo.

Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en ese sofá que Lola se empeñó en comprar en *Wallapop*. Ella decía que era *vintage*. Si me preguntas a mí, ese trasto rojo y destartado era, en realidad, una fuente contaminada llena de ácaros. Copa de vino tinto en la mano derecha y todos mis sentidos en mantenerme distraída. Una mosca rondando mi cabeza hubiese sido un entretenimiento digno de aquel domingo.

Lola murmuró algo ininteligible, mientras seguía deslizando el dedo por la pantalla de su teléfono móvil. Eliminaba de un *plumazo* la posibilidad de conocerla a decenas de hombres. *Los mismos que se morían de ganas de colarse bajo su falda*. Estaba obsesionada con esa aplicación, e insistía —día sí y día también— en que me la descargase. ¿Cómo decía ella? Ah, sí: *El salvavidas que haría que mi vida sexual dejara de dar tanta pena como el sueldo de un becario en prácticas*.

—¿Es que ya no quedan hombres decentes!?

El vino amenazó con salirse por la nariz. Lola no estaba pensando en que era domingo y que, al día siguiente —*inevitablemente*—, volvía a ser lunes. Mucho menos en la carga de trabajo que se nos avecinaba. Se dejaba llevar como *hoja movida por el viento*. Si quería algo, iba a por ello. Con todo y arrasando. Y si algo no la convencía, lo hacía desaparecer con solo chasquear los dedos. Lola era así. Con su larga melena rizada —*con un rubio que rozaba lo ilegal para no ser una mujer nórdica*—, era capaz de atravesar una tormenta de arena sin inmutarse. Incluso la tormenta hubiese retrocedido ante el *huracán Lola*.

—Tú riete, pero deberías hacer como yo —dijo señalándome con el dedo.

—¿Pasar de mi amiga mientras pienso que a través de Tinder encontraré al amor de mi vida? No, gracias.

Me sentí cual gacela a punto de ser devorada por el rey de la selva. Lola me analizó con ojos de cazador. Verdes, enmarcados con larguísimas pestañas, que aún conservaban restos de maquillaje de la noche anterior. Yo no había salido. Para variar. En cambio, Lola no se perdía un sábado por la noche. *Quizás debería haberme parecido más a ella. O no*.

Si Lola narrase esta historia, te diría que hacía tres años que no salía de fiesta. *Ni tenía intención alguna de hacerlo*. La idea de tomarme una copa, de esas que apuras hasta la última gota —*porque salir por Madrid supone tener que vender un riñón en el mercado negro*— me daba pereza. Y no digo ya volver a casa en taxi a las dos de la mañana —*que sería tener que vender el otro*. Ni un viernes. Ni un sábado. Ni ningún día de la semana.

Creí haberla engañado. O, al menos, deseé haberlo hecho. Quizás sólo intentaba engañarme a mí misma, prestando atención a esa serie de Netflix que, *siéndote sincera*, no me interesaba en absoluto.

—Los fantasmas no vuelven, Mery. Ya lo decía Juanes: te pones una camisa negra y debajo entierras al difunto —dijo mirándome fijamente. *Pillada*.

—Creo que Juanes se refería a otra cosa, pillina.

—Bueno... es una manera de empezar a olvidar a De la Vera.

Cerré los ojos. Con mucha más fuerza de la necesaria. Un resoplido —*uno propio de una yegua harta de dramas*— se escapó de mis labios. *De la Vera*. El que no debía ser nombrado. Mi *Voldemort* particular.

¿Sabes eso que dicen de que *el pasado siempre vuelve*? **Spoiler:** no vuelve. Nunca llega a irse del todo. Se queda agazapado, escondido en alguna conversación, en una canción, deseando salir de la jaula y gritar: “¡Jódete, Mery!” Y sí, jodía. Jodía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No sé de quién me hablas —dije, fingiendo indiferencia. *O demencia, más bien*.

—Menos mal, porque con esa cara parecía todo lo contrario.

Coloqué la copa, casi vacía, en la mesita de comedor. Una *reliquia* que tuvo la gracia de regalarme mi hermano cuando Lola y yo decidimos independizarnos. Lucas decía que la encontró en un *boutique* de muebles antiguos de la calle Velázquez. A día de hoy, sigo pensando que es lo más hortera que pudo encontrar en un mercadillo de barrio.

Me levanté, apoyándome en el sofá con la mano y estirándome como si llevara días en la misma posición. ¿*Acaso era mentira*? Como si en lugar de tener casi treinta años, fuese una señora con bastón y pelo blanco, echando un pulso a la muerte.

—Voy a pedir sushi. ¿Te parece?

Se encogió de hombros en respuesta. Eso era lo que más me gustaba de Lola. Esa amiga incondicional, desde tiempos premenstruales, que sabía darme mis tiempos. Tiempos, a veces, eternos. Ella sabía que no estaba preparada para continuar esa conversación, pero Lola también era de ese tipo de personas a las que le gustaba tener la última palabra. ¿*Y a quién no*? Cuando estaba a punto de cruzar la puerta de la cocina, en busca del teléfono de nuestro sushi de confianza, la escuché murmurar algo. Más para ella misma que para mí: “*Date cuenta, amiga*”.

Claro que me daba cuenta. Lo difícil era decirlo en voz alta. Admitir que aún me importaba, más de lo que Lola se imaginaba, dolía. Y no podía permitírmelo. No después de tantas noches en vela, comiendo techo, pensando en qué fallé. *¡Cómo si hubiese sido culpa mía!* Y el gotelé no tenía las respuestas.

Tantos años de mi vida tirados a la basura en los que su recuerdo seguía atormentándome. Ese maldito recuerdo que no se atrevía a irse del todo, pero que tampoco había sabido quedarse. *Me daba cuenta, Lola.* Pero lo que pasó, lo que sentí, fue real.

No podía decir lo mismo de él. Del innombrable. Del melón con patas que debí haber abierto para comprobar por mí misma que las poquitas neuronas que tenía no le funcionaban del todo bien. *Un melón no apto para el consumo, vaya.*

¿Molesta? No. ¿Resentida? Tampoco. Lola hubiese dicho que sí. No sé si para llevarme la contraria o porque, realmente, llevase razón. *O un poco de ambas.*

He llegado a pensar que estaba loca. Que me había imaginado escenarios imposibles. Intensa, dirían algunos. *Un poco dramática sí que era.* Una mujer incapaz de aceptar un no por respuesta. No me malinterpretes: No me las doy de nada. Lo vi en sus ojos y en su manera de tensar la mandíbula. Como cuando alguien está a punto de abrirse en canal, de mostrar su lado más vulnerable, pero se queda a medio camino. Un camino que llevaba a un callejón sin salida tan alto como mis expectativas.

El sushi no tardó en llegar. Lola se dejó caer en el sofá con un nigiri de salmón en la mano derecha. Masticaba con la boca abierta, comentando la serie que estábamos viendo. Más bien, que *ella* estaba viendo. Unos buenos subtítulos con granos de arroz cayendo al suelo. Me obligué a centrarme en la trama, en los personajes, pero nada funcionaba cuando se trataba de él.

—¡No me estás escuchando!

Ni siquiera me molesté en discutirlo. No la estaba escuchando. Al menos no los últimos cinco minutos. La miré de reojo y bebí de la copa de vino, que había rellenado abriendo una nueva botella. Lo saboreé en la boca. Tragué despacio —*como las mentiras que me contaba a mí misma*—, notando como bajaba por mi garganta. Tenía un toque afrutado con notas de madera y...

¡Lo admito! Estaba haciendo tiempo. *Virgencita mía, que Dios me pille confesada.*

—Mery...

—Dime —dije como si la conversación no fuese conmigo.

—Joder, no puedes seguir así.

Lola llevaba razón. No podía seguir así. ¿Quería? No. *Si ella hubiese sabido...* Y, créeme, lo sabía. Lo sé por cómo me miraba. Como mi madre cuando me caía del columpio y le decía que no pasaba nada, que estaba bien, mientras las lágrimas se peleaban por salir a flote.

Ya no había lágrimas, aunque las había habido. Muchas. Quizás demasiadas. Pero dejaron de salir cuando comprendí que no iban a hacer que él volviese. *¿Quería yo que lo hiciera?* No, claro que no. Ironía *modo on* activado.

—Tienes razón —confesé—. El viernes voy contigo al garito del que me has hablado.

No sabía decirte cuál de las dos acabó más sorprendida. Lola volvió a mirarme, intentando leer entre líneas. Le devolví la mirada con la mejor sonrisa que supe interpretar, mientras me mordía por dentro la mejilla izquierda. Una manía. Una de esas inconscientes que me delataban sin quererlo. *Un papel merecedor de una actriz mediocre.*

Lola no dijo nada más. Yo tampoco. *No había mucho más que decir.* Nos quedamos en ese limbo silencioso el resto de la noche. *Recuérdame en qué momento se me pasó por la cabeza que salir de mi abstinencia social sería buena idea, por favor.* Le estaba gritando al Universo que me enviara una buena dosis de realidad. Y hasta el cosmos sabía que me había sentenciado yo *solita*. Incluso Cupido se frotaba las manos y me hacía burla desde el cielo, organizando un golpe maestro para el que no estaba preparada.

Decidí que lo mejor era irme directamente a la habitación. El vino —*las copas de más*— comenzaba a hacer de las suyas. Solo quería meterme en la cama, cerrar los ojos y dormir. Mi insomnio tenía otros planes. Uno muy retorcido. Uno que incluía, irremediablemente, a Alejandro De la Vera.

A la mañana siguiente, el cruel sonido del despertador se coló en mi cabeza. Ese dichoso aparato al que le gustaba hacer de las suyas a las siete de la mañana. Corrí al baño antes de que Lola se apropiase de él, como la niña del anuncio que quería encadenarse a su habitación y tragarse la llave. No reconocí la imagen que me devolvió el espejo. Ojeras negras hasta la barbilla y ojos inyectados en sangre. Cortesía de mi *queridísimo* insomnio.

La ducha me espabiló lo suficiente para animarme a disimular, con un poco de corrector de ojeras, la obra de Picasso que tenía por cara. La idea era no acabar arrestada por asesinato con alevosía. Te aseguro que a más de uno le hubiese dado un infarto con solo echarme un vistazo. Salí con la toalla a modo de toga romana, justo en el momento en el que escuché a Lola maldecir en voz alta:

—¡Mierda de cafetera! ¡Meeeeeryyyyyy! ¡Hay que comprar una nueva!

—Quita —dije entrando en la cocina—. Es que tú no la tratas con cariño.

Lola se hizo a un lado y levantó las manos como quien se rinde ante una batalla perdida. Estaba acostumbrada a que el café saliese de máquinas en las que primero había tenido que echar un par de monedas. *Cafetera italiana 1, Lola 0.* Una guerra no firmada que duraría hasta el fin de los tiempos.

—Ya está, quejica. En unos minutos tienes tu café.

Me dio un beso en la mejilla para decirme que era la mejor —*sí, lo era*— y se fue a la ducha. Aproveché para ir a la habitación a vestirme. Algo básico, sin demasiadas florituras. Un vaquero y una camisa blanca. Lo bueno de trabajar en una editorial joven y con gente de todo tipo era no tener que ir vestida como si me hubiese escapado de un escaparate de *María Baraza*. O de un funeral.

Volví a la cocina en el momento justo en el que la casa comenzaba a oler a una de esas cafeterías de Malasaña que tanto me gustaban. El móvil de Lola vibró sobre la encimera. Ella seguía en la ducha, cantando *—o destrozando, según se viene—* alguna canción con la que estaba obsesionada por aquel entonces. *Ni Orozco se hubiese dado la vuelta.*

Eché un vistazo rápido al teléfono de Lola. *Y ojalá no haberlo hecho.*

 **Antonio (07:30):**

Hola, Lola. Soy Antonio

Podrías decirle a Mery que me desbloquee?? Necesito hablar con ella

Antonio. Mi ex. Ese ex que, además, tenía un extra añadido que te aseguro que no tiene el tuyo: amigo íntimo de *Voldemort*. *Hermanos separado al nacer de distinta madre*. Dejé el café en la encimera y me agarré a ella con ambas manos. *¿Podía venir a pellizcarme alguien, por favor?*

—Ni que hubieras visto un fantasma —dijo Lola, apareciendo por detrás. Agarró su teléfono y vio la notificación—. ¡Hostia puta!

H O S T I A P U T A. Sí, señora. Con todas las letras y en mayúsculas. Créeme que lo que menos te esperas después de tantos años de silencio, un lunes cualquiera, es que tu ex hable a tu mejor amiga para hablar contigo. Ese ex que no era solo un ex. El detonante de todo lo que vino después. La señal del destino que te pide *—de rodillas y suplicando—* que *‘por ahí no’*. *Por ahí sí y de cabeza.*

—Ni se te ocurra contestarle. No aún —dije en un susurro, como si alguien más que nosotras dos estuviese escuchando.

—Pero...

—Ni pero ni peras, ni manzanas, ni kiwis, ni plátanos. Lola, por favor.

Lola asintió apretando los labios. La muy cabrona se aguantaba la risa. Yo quería subirme a la encimera cual gorila y gruñir dándome golpes de pecho, mientras arrasaba todo a mi paso. *King Kong* —si existiera— me hubiera aplaudido desde lo alto del *Empire State*. *Godzilla*, en cambio, se habría ido directamente a llorar al mar.

Intenté encajar las piezas de un puzle que nunca había tenido sentido. No era el momento. *¿Lo iba a ser alguna vez?* Después de tantos años, podría haber hecho como si nada, pero no era tan fácil. No se puede obviar lo que aún no has olvidado.

Nota mental: Poner cada cosa —y persona— en su lugar.

Spoiler: No lo iba a cumplir.